EL CRISTIANISMO ANTE LA NUEVA REALIDAD DE EUROPA

DR. LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA
Instituto Superior de Pastoral
Madrid

Resumen

La construcción de la nueva Europa puede ser considerada un "signo de los tiempos". Pero se trata de un signo envuelto en oscuridad, y por ello ambiguo.

Summary

The construction of the new Europe can be considered a "kairos" or a "sign of the times". But it is a dark and, therefore, an ambiguous sign.

I. ¿ES LA NUEVA EUROPA UN SIGNO DE LOS TIEMPOS?

1. *Objetivo de este artículo*

Somos con seguridad la primera generación de la historia que adopta una visión global de su destino. En siglos pasados podía escribirse la historia de España —o la de Alemania, Francia o Portugal: me da igual— sin aludir siquiera a otras naciones, a no ser que éstas hubieran invadido el suelo patrio o nosotros les hubiéramos declarado la guerra. Hoy las cosas han cambiado, y quien quiera escribir la historia contemporánea de España necesita hablar del resto de Europa, y pasar en seguida a Estados Unidos, y saltar después al Tercer Mundo, y aludir a los países de Oriente Medio y a China...

Hasta tal punto es verdad lo que digo que cuando los norteamericanos tienen que elegir a su presidente, el mundo entero está atento, y a algunos ciudadanos de otros países nos gustaría tener derecho a votar. Simplemente, porque sabemos que la historia es como un juego de bolos, y basta que se caiga uno para que tumbe a todos los demás.

Revista Española de Teología 52 (1992) 51-67

Por decirlo con palabras de McLuhan, el mundo se ha convertido en una "aldea global" [1]. Es tal la interdependencia que hoy existe en la economía, cultura, ciencia, etc., que el contexto de las decisiones a tomar ya no es el ámbito de los Estados. Ninguno de ellos, aunque fuese el más poderoso de la tierra, sería capaz en la actualidad de asegurar por sus propias fuerzas el bien común de sus ciudadanos, su bienestar material y su seguridad. O, si preferimos expresarlo con la terminología de la filosofía escolástica, ningún Estado es ya una "sociedad perfecta".

El Viejo Continente —ese "pequeño promontorio de Asia", como lo llamaba Paul Valéry— parece haberlo comprendido antes que nadie y hace años comenzó un proceso de unificación que ya está muy avanzado. Los recientes cambios ocurridos en la Europa del Este hacen pensar que quizás un día no lejano la federación podría abarcar todos los países que van desde los Urales hasta Gibraltar. El objetivo de esta ponencia es indagar si debemos considerar la construcción de esa nueva Europa como un signo de los tiempos en el sentido fuerte de la expresión, es decir, como *un signo del Reino de Dios.*

La pregunta no es un entretenimiento para intelectuales ociosos, sino que tiene un interés práctico nada despreciable por cuanto la actitud que adopten los cristianos y las Iglesias ante la unificación europea será, sin duda, muy importante para acelerar o frenar el proceso. Hace unos años escribía Edgar Morin: "Europa no tiene un mesías que le diga: 'Levántate y anda', lo que es algo tan afortunado como desafortunado". Por no tenerlo "haría falta una catálisis que permita reconocer y expresar esa demanda (de unidad)" [2]. El autor francés piensa que los intelectuales pueden ejercer ese papel de catalizador. Nosotros añadimos que igualmente eficaces serían las Iglesias si llegaran a la conclusión de que la unificación europea responde a la voluntad de Dios.

2. *El marco teórico*

Generalmente cuando hablamos de "signos de los tiempos" le damos un sentido sociológico: acontecimientos que, por su frecuencia y generalización, caracterizan una época. Yo voy a emplearla en el sentido bíblico, refiriéndola no a todos los rasgos característicos de nuestra época, sino tan

---

[1] M. McLuhan, y Bruce R. Powers, *La aldea global* (Barcelona, Gedisa, 1990).

[2] Edgar Morin, *Pensar Europa* (Barcelona, Gedisa, 1988) 157.

solo a los rasgos salvíficos. "Signos de los tiempos" es lo mismo que *signos del Reino de Dios.* En mi libro *Los signos de los tiempos. El Reino de Dios está entre nosotros...* [3] justifico esa interpretación y explico con detenimiento cómo "discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos" de cada época cuáles son "los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios [4].

Será necesario comenzar por *analizar sociológicamente* el presunto signo (en este caso la unificación europea). Antes de preguntarnos si algo es o no signo del Reino de Dios debemos estar seguros de haber comprendido correctamente en qué consiste ese "algo".

Después habrá que *analizar teológicamente* el presunto signo. En este caso, como en muchos otros, no podremos preguntar directamente a la Sagrada Escritura qué piensa del tema, puesto que se trata de un asunto que la Biblia no tuvo ocasión de conocer, pero sí podremos obtener su opinión mediante preguntas indirectas. El famoso "círculo hermenéutico" de Heidegger o la "conversación hermenéutica" de Gadamer.

Por último, deberemos estudiar la *capacidad evocadora* del presunto signo. Dado que un signo es siempre signo *de* algo *para* alguien, tendremos que investigar si los destinatarios del supuesto signo tienen o no sensibilidad para captarlo.

II. ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DEL PRESUNTO SIGNO

1. *La construcción de la nueva Europa*

Hasta las dos guerras mundiales Europa había sido dueña del mundo por su poderío económico y su indiscutible superioridad intelectual. Pero la grandeza europea se eclipsó en 1945. Las dos contiendas, además de destrozar vidas y economías, acabaron con la influencia y el poderío del Viejo Continente.

Sin embargo, como ha dicho Hölderlin, "con el peligro crece también aquello que nos salva". Quizás era necesaria la muerte de la Europa de los tiempos modernos para que aparecieran los primeros anhelos de un renacimiento europeo. Ante el espectáculo de una Europa convertida en

---

[3] Publicado en Sal Terrae, (Santander 1987).

[4] Concilio Vaticano II: *Gaudium et Spes*, 11 a.

un montón de ruinas por segunda vez en pocos años, unos cuantos políticos clarividentes se plantearon cómo transformar aquel conglomerado de Estados-nación en una comunidad económica, política y cultural lo suficientemente homogénea como para que en ella no fueran ya posibles nuevas guerras.

Se pusieron sobre el tapete tres estrategias diferentes. Unos eran partidarios de superar cuanto antes los Estados nacionales creando órganos de gobierno federales. Otros veían más realista que los diversos Estados europeos, sin ceder su soberanía a ningún organismo supranacional, iniciaran una colaboración permanente en diversos campos, entre los que destacaría el económico. Un tercer grupo -que acabó imponiéndose- decidió combinar sabiamente las dos estrategias anteriores: comenzar colaborando en diversas materias y dejar la federación como un objetivo a largo plazo.

En opinión de los fundadores de la Europa comunitaria —Jean Monnet, Robert Schuman, Winston Churchill, Paul Henri Spaak, Konrad Adenauer, Alice de Gasperi, etc.— esas instituciones comunes eliminarían los recelos recíprocos, acostumbrarían a los Estados europeos a trabajar en común y conducirían poco a poco hacia los Estados Unidos de Europa.

Durante mucho tiempo esa meta última parecía la fantasía de media docena de soñadores alucinados, pero todo ha ido ocurriendo como ellos pensaban. Los sucesivos pasos son sobradamente conocidos: en 1970 se creó la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA); el 25 de marzo de 1957 se firmó el tratado de Roma que dio nacimiento a la Comunidad Económica Europea; en diciembre de 1974 se decidió crear el Parlamento Europeo, que viene funcionando desde junio de 1979; ahora se está trabajando en la unidad monetaria y, más en lontananza, se perfila ya la unidad política.

Una cosa parece clara: después de cincuenta años de instituciones comunes, los pueblos europeos se han acostumbrado a trabajar juntos y a aceptarse mutuamente, de modo que un conflicto armado entre alguno de esos doce Estados resulta totalmente impensable. Más aún, todo hace pensar que en un futuro no demasiado lejano existirán los Estados Unidos de Europa. De hecho, en muchos edificios públicos vemos ondear una bandera desconocida hasta hace poco, la de las doce estrellas amarillas sobre fondo azul. Y ya empezamos a oír en algunos actos el himno de la Comunidad Europea —el bellísimo "Preludio a la Oda de la Alegría" de Beethoven— en vez de los diversos himnos nacionales.

He dicho hace un momento que caminamos hacia los "Estados Unidos de Europa", pero quizás sería más adecuado decir caminamos hacia "la Europa de los pueblos". Como modelo de organización política los Estados se nos han quedado demasiado grandes o demasiado pequeños. Son, por ejemplo, demasiado grandes para administrar sus territorios y demasiado pequeños para promover el bien común. A lo mejor el europeo del próximo siglo vivirá arraigado en tres ámbitos o círculos concéntricos: su núcleo de población, su nación y la propia Europa.

Eso resolvería, de paso, un viejo problema. Ninguno de los Estados que hoy constituyen Europa está edificado sobre una región natural ni tiene población homogénea. Surgieron de un conjunto de alianzas, herencias, anexiones y guerras. De hecho dentro de sus territorios existen muchos pueblos que habrían podido acceder al *status* de nación de no haber sido por los azares de la historia.

2. *Las raíces de Europa*

Debemos preguntarnos si esa nueva Europa que nos hemos empeñado en construir es tan solo el fruto grandioso de una obra de ingeniería social o si por el contrario —más allá de las diversidades nacionales— existe una identidad común a todos los pueblos de Europa que los diferencie de los demás continentes. La pregunta no es ociosa porque Europa no ha sido nunca una unidad política, ni es tampoco una unidad de raza, lengua o religión.

La pregunta tiene, además, una importancia decisiva. Si la nueva Europa, por encima y más allá de los acuerdos económicos, careciera de unidad espiritual, quedaría reducida a eso que hemos dado en llamar despectivamente "la Europa de los mercaderes". Y si, en esas condiciones, llegara a ser una unidad política, el macroestado que de allí resultara no podría evitar ser un Leviatán.

En una famosísima conferencia que Ernest Renan pronunció en 1882 sostenía que las naciones se caracterizan por "la posesión en común de un rico legado de recuerdos" y "el deseo de vivir juntos; la voluntad de seguir haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa" [5]. ¿Acaso podemos aplicar este concepto de nación a Europa?

---

[5] Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*, Centro de Estudios Constitucionales, (Madrid 1983[2]) 37.

Pienso que sí. Los pueblos sobre los que se está construyendo la nueva Europa comparten una misma tradición cultural —un "rico legado de recuerdos", como decía Renan— que integra el pensamiento de la antigua Grecia, el sentido político y civilizador de los romanos y la tradición judeo-cristiana[6].

Grecia nos enseñó a pensar. Entre nosotros cualquier historia de la filosofía comienza necesariamente con los nombres de Sócrates, Platón y Aristóteles; consideramos a Herodoto padre de la historia y a Hipócrates padre de la medicina —todavía hoy nuestros médicos prestan el juramento hipocrático—; Pitágoras y Euclides establecieron los primeros principios de las matemáticas, etc.

Roma creó unas instituciones políticas basadas en el reconocimiento de la persona humana como sujeto de derechos: el Senado, los comicios, los tribunos de la plebe (precursores de los actuales Defensores del Pueblo), etc. En cierto modo, todavía vivimos de esas instituciones. Pero, sobre todo, Roma nos legó su sistema jurídico. Gran parte de la legislación vigente en Europa se funda en los códigos y recopilaciones de Justiniano, por lo que todavía se sigue estudiando el Derecho Romano en nuestras universidades.

Los europeos somos, por último, la humanidad del Decálogo. Si desapareciera el arte cristiano, la literatura y la música inspiradas por la fe cristiana, habría desaparecido más del setenta por ciento de nuestro patrimonio cultural[7]. Con esta referencia a la historia no pretendo sugerir que el cristianismo se encuentre sólo en los museos. Todavía hoy, por mucho que haya podido crecer la increencia, "los europeos declaran, en su mayoría, que Dios es importante para ellos"[8].

No podemos ignorar, sin embargo, que estamos viviendo una crisis de profundo alcance que afecta a los valores más básicos sobre los que se apoyó nuestra historia. La proliferación de los "post" —postmoderno, postcristiano, postmarxista...— indica que se oscurecen los valores sin ser sustituidos por otros, excepto los ideales de felicidad privada. Hace algo más de tres años una famosa agencia de viajes llenó los muros y los

---

[6] C. Nazario González, "La unidad europea y su contenido histórico", en: Varios Autores, *Europa, posibilidades y dificultades para la solidaridad*, Cristianisme i Justicia (Barcelona 1991) 15-38.

[7] Cf. Joseph Lortz, *Unidad europea y cristianismo* (Madrid, Guadarrama, 1961).

[8] Jean Stoetzel, *¿Qué pensamos los europeos?* (Madrid, Mapfre, 1983) 95.

autobuses de París con un slogan que decía: "En un mundo totalmente cínico, una sola cosa merece que usted se movilice por ella: sus vacaciones".

En este contexto es bueno recordar el llamamiento de Juan Pablo II durante el acto europeísta celebrado el 9 de noviembre de 1982 en Santiago de Compostela: "Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a encontrarte. Sé tú misma.* Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes" [9].

3. *El destino de Europa*

Por otra parte, la existencia de un mismo legado cultural no basta para formar una nación; también es necesario que exista la conciencia de compartir una misión de cara al futuro. Una nación implica —como dijo bellamente Ortega— "un proyecto sugestivo de vida en común" [10]. Pues bien, ¿podemos decir que existe, en el caso de los diversos pueblos que integran Europa, ese "proyecto sugestivo de vida en común"?

Verdaderamente, si se tratara tan sólo de construir "la Europa de los mercaderes" tendríamos que contestar con un rotundo "no". Y, de hecho, debemos reconocer que hasta el momento los aspectos sociales van muy por detrás de los económicos. Mientras el Acta Única, que entrará en vigor el 1 de enero de 1993, fue aprobada ya en febrero de 1986, la Carta Comunitaria de Derechos Sociales Fundamentales de los Trabajadores todavía no ha podido ser aprobada (y eso que no es, en modo alguno, revolucionaria). Como es sabido, en el Consejo Europeo de Estrasburgo celebrado los días 8 y 9 de diciembre de 1989, votó negativamente el Reino Unido. (No es ni mucho menos insignificante el detalle de que, en el marco de la Comunidad Europea, la aprobación de medidas sociales necesite acuerdos tomados por unanimidad, mientras que en las decisiones de tipo económico basta una mayoría cualificada).

Ese retraso debe preocuparnos. No olvidemos que en muchas zonas de nuestra próspera Europa se pasa todavía hambre: Andalucía, Liverpool,

---

[9] *Juan Pablo II en España.* Coeditores Litúrgicos (Madrid 1983) 242.

[10] José Ortega y Gasset, *España invertebrada: Obras completas*, t. 3, Revista de Occidente (Madrid 1957[4]) 56.

Lorena en Francia, sur de Italia, emigrantes turcos en la rica Alemania, etc. Y, si no se establecen a tiempo políticas sociales adecuadas, la entrada en vigor del Acta Única podría aumentar los desequilibrios sociales: cierre de empresas no competitivas, traslados de localización de centros de producción, oportunidades para la movilidad de la mano de obra, etc.

En su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1965 Pablo VI dijo: "No es que todos seáis iguales, sino que aquí os hacéis iguales" [11]. Así debería ser —lo mismo en la ONU que en Europa—; pero todavía está por ver.

Por otra parte, es indudable que la entrada en vigor del Acta Única tendrá también consecuencias importantes para el resto del Planeta. Faltan menos de dos años para que el mercado común europeo sea, con mucho, el primer mercado integrado del mundo, con 324 millones de habitantes, un producto interior bruto semejante al de los Estados Unidos de Norteamérica, bancos y mercados financieros que se cuentan entre los más importantes del mundo, grandes empresas industriales caracterizadas en estos últimos años por un crecimiento firme y regular, etc.

Y todavía no está conjurado —ni mucho menos— el peligro de que acabemos construyendo una "Europa-fortaleza" cerrada al resto del mundo. Nuestro pasado y nuestro presente lo hacen temer. Como hizo notar hace unos años la Asamblea Ecuménica de Ginebra, "para muchos pueblos de la Tierra, esta parte relativamente pequeña del mundo que llamamos 'Europa' no es sinónimo de búsqueda de la dignidad humana, de la libertad o de la justicia social, sino de expansión colonial, esclavitud, racismo, discriminación, explotación económica, dominación cultural e irresponsabilidad ecológica" [12].

Podría ocurrir que en las próximas décadas Europa represente una etapa importante en el camino hacia una integración planetaria, pero también podría ser un obstáculo, un logro que paralizara la evolución haciendo surgir fenómenos emocionales de tipo nuevo. "No conozco partidos, conozco solamente alemanes", decía el lema que Guillermo II utilizó en 1914 para unir a los alemanes entre si y llevarles a la guerra contra los demás.

---

[11] Pascual Galindo, *Colección de encíclicas y documentos pontificios*, t. 2, Acción Católica Española (Madrid 1967[7]) 29- 63.

[12] Asamblea ecuménica europea, *Paz y justicia para toda la creación*, núm. 46, (Madrid, PPC, 1989) 39.

III. ANÁLISIS TEOLÓGICO DEL PRESUNTO SIGNO

1. *El pecado divide, la redención une*

Para la Biblia la unidad del mundo y de la humanidad no se fundamenta tanto en el origen de toda historia a partir de un único Adán, como en la creencia de un Dios único. Habiendo sido creado el hombre "a imagen de Dios" (Gn 1, 26-27), la Biblia no podía menos de afirmar y fundar la unidad absoluta del género humano, puesto que su afirmación más esencial es la de la unicidad de Dios.

Por eso la división de la humanidad en múltiples pueblos de lenguas diversas no aparece en la Biblia como voluntad de Dios, sino como culpa de los hombres, tal como nos muestra el episodio de la torre de Babel (Gn 11, 1-9). Pierre Grelot, después de analizar el paralelismo existente entre ese relato y el de la caída (Gn 3) —ambos pertenecientes a la tradición yavista— concluye que el relato de Babel podría ser considerado muy bien como "el pecado original de la sociedad y de la civilización" [13].

De forma significativa en el Libro de los Jubileos, el príncipe de los demonios recibe el nombre de Mastema, es decir, príncipe de la discordia [14]. Y en los Padres encontramos repetidas las veces la afirmación de que el pecado desune. He aquí unos pocos ejemplos:

Orígenes y Clemente de Alejandría lo expresaron con una fórmula concisa: "Ubi peccata sunt, ibi est multitudo" [15]. Para Orígenes, aquél que se entrega a lo particular, es decir, aquél que en vez de pensar y vivir con una perspectiva universal se encierra en los límites de lo nacional, se entrega a su ángel malo [16].

También Máximo el Confesor considera el pecado original como una separación, una fragmentación: "La naturaleza fue rota en mil pedazos (...) y ahora nos desgarramos los unos a los otros como bestias salva-

---

[13] Pierre Grelot, *El problema del pecado original*, (Barcelona, Herder, 1970) 85.

[14] Sobre este nombre y su etimología, cf. H.H. Rowley, *Apokalyptic: ihre form und Bedeutung zur biblischen Zeit* (Einsiedeln-Zürich-Köln 1965³) 183, n. 106.

[15] Orígenes, *Homil. in Ezech.*, hom. 9, 1 (W.A. Baehrens, *Die griechischen christlichen Schriftsteller*, t. 33 (Leipzig 1925) 405; Clemente de Alejandría, *Protréptico*, c. 12 (PG 8, 244).

[16] Orígenes, *Contra Celso*, 5, 30 (Madrid, BAC, 1967) 357.

jes"[17]. La misma idea es desarrollada también, con gran acierto, por San Ireneo[18]. Recordemos, por último, un curioso pasaje de San Agustín en el que se percibe todavía el eco de un antiguo mito[19]. Después de relacionar las cuatro letras del nombre de Adam con los cuatro puntos cardinales en sus designaciones griegas, concluye así: "Adán (...) se hallaba en un lugar y allí cayó, reduciéndose, en cierto modo, a polvo, que se ha diseminado por todo el orbe terráqueo"[20].

Pues bien, hoy —más todavía que en tiempos de San Agustín— los cuatro puntos cardinales se han convertido en símbolos de una humanidad dividida. La Segunda Guerra Mundial nos dejó como herencia el conflicto *ideológico* Este-Oeste. Los años posteriores pusieron de manifiesto que el conflicto *económico* Norte-Sur es todavía más mortal. El hecho es que, al acabar el segundo milenio, los países divididos (Corea, Vietnam, China, Palestina, Yemen, etc.), las ciudades divididas (Belfast, Jerusalén, Berlín hasta hace poco), las poblaciones divididas en razas, clases y castas marcan la faz de la tierra.

Sin embargo, para la teología judeo-cristiana la división de la humanidad no puede ser definitiva. Ya el Antiguo Testamento anunciaba que en el futuro todos los pueblos peregrinarían al monte Sión y Jerusalén sería el centro y la capital de una humanidad unida[21].

Y los Padres —con variadas imágenes— coinciden en afirmar que una dimensión de la redención es el restablecimiento de la unidad perdida. San Hipólito, refiriéndose a la sangre derramada en el Calvario, escribe: "Pequeñas gotas que renuevan el universo entero, y que —igual que el jugo de la higuera hace cuajar la leche— nos reúne y aprieta a todos los hombres en uno solo"[22]. Máximo de Turín ofrece un desarrollo análogo

---

[17] Máximo el Confesor, *Quaestiones ad Thalassium,* 2 (PG 90, 272).

[18] Ireneo de Lyon, *Adv. Haer.*, V, 24, 2 (PG 7, 1187).

[19] Cf. *Vida de Adán y Eva*, versión latina, v. 57, en: *Apócrifos del Antiguo Testamento*, t. 2 (Madrid, Cristiandad, 1983) 351- 352.

[20] Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los Salmos*, 95, 15: *Obras completas de San Agustín*, t. 21 (Madrid, BAC, 1966) 519; cf. id., *Sobre el Evangelio de San Juan*, 9, 14 y 10, 11, en: *Obras*, t. 13 (Madrid, BAC, 1968[2]) 257 y 274-276.

[21] Sobre la idea de la peregrinación de las naciones al monte Sión, véase Joachim Jeremías, *La promesa de Jesús para los paganos* (Madrid, Fax, 1974) 84-103. Sobre la esperanza de Israel, véase el resumen de Rudolf Schnackenburg, *Reino y reinado de Dios* (Madrid, Fax, 1974[3]) 1-42.

[22] Hipólito de Roma, *Comentario sobre el Cantar de los cantares*, I, 16.

a propósito de la parábola del fermento [23]. San Gregorio Nacianceno nos explica que Cristo es esa aguja que, dolorosamente atravesada en la pasión, tira después toda tras sí y repara de este modo la túnica rasgada antes por Adán, cosiendo a los dos pueblos —judíos y gentiles— y haciéndolos uno para siempre [24]. Alejandro de Alejandría dice que, como una reina de las abejas, Cristo viene a reagrupar en torno suyo a la humanidad [25].

También para San Agustín la redención trae consigo la reunificación de la humanidad dispersa: "Adán, reducido a polvo, se dispersó por el orbe terráqueo, pero la misericordia divina recogió de todas partes ese polvo, lo fundió con el fuego de la caridad y unificó lo que el pecado había convertido en pedazos" [26]. Hemos sido hechos "uno con el Justo" [27], dice en otro lugar.

2. *La Iglesia, sacramento de la unidad escatológica*

Pero, ¿tiene algo que ver todo esto con la Europa unida? Desde el principio la Iglesia ha creído que esa nueva humanidad en la que se superan las divisiones de la antigua no es una comunidad política sino ella misma. Con palabras grandiosamente conmovedoras San Agustín contrapone el milagro pentecostal de las lenguas y la confusión de Babel: "Lo que la torre aquella disocia, lo une la Iglesia. Allí de una lengua se originan muchas; no es de extrañar: es obra de la soberbia. Aquí de muchas lenguas se hace una; tampoco es de extrañar: es obra de la caridad" [28]. "Ya habla el Cuerpo de Cristo todas las lenguas; y aquellas que aun no habla, las hablará (...) Me atrevo a decirte: Yo hablo todas las

---

[23] Máximo de Turin, *Homilía* 111 (PL 57, 513-514).

[24] Gregorio Nacianceno, *Discurso* 45, 29 (PG 36, 662-664).

[25] Alejandro de Alejandría, *Sermo de anima et corpore deque passione Domini*, n. 7 (PG 18, 602).

[26] Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los salmos*, 95, 15, en: *Obras completas de San Agustín*, t. 21 (Madrid, BAC, 1966) 519; id., *Sobre el Evangelio de San Juan*, 10, 12, en: *Obras*, t. 13 (Madrid, BAC, 1968[2]) 274-275. En los mismos términos se expresa Pascasio Radberto, *In Matthaeum homiliae*, 1.3, c. 5 (PL 120, 213).

[27] Agustín de Hipona, "Tratado sobre la Santísima Trinidad", IV, 7, en: *Obras*, (Madrid, BAC, 1968[3]) 287.

[28] Agustín de Hipona, *Sobre el Evangelio de San Juan*, 6, 11, en: Obras, t. 13, 179.

lenguas. Estoy en el cuerpo de Cristo, estoy en la Iglesia de Cristo; si el Cuerpo de Cristo habla ya todas las lenguas, yo también estoy en todas las lenguas: mía es la lengua griega, mía la siríaca, mía la hebrea, mía la de todas las naciones, pues estoy unido a todos los pueblos" [29].

En el Nuevo Testamento es en la carta a los Efesios donde con más elocuencia aparece la Iglesia como la nueva cosmópolis: Cristo "es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad (...) para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca" (2, 14-17).

3. *La unidad de las naciones, ¿un signo del Reino de Dios que se ignora a sí mismo?*

Ese "muro de separación" derribado por Cristo del que habla la carta a los Efesios tenía existencia física. Josefo narra que había un muro de piedra separando el atrio interior del exterior del templo y sobre él "una inscripción prohibía la entrada a los extranjeros bajo pena de muerte" [30]. De hecho, una de esas inscripciones fue hallada por C. Clermont-Ganneau en las excavaciones realizadas en Jerusalén en 1871 [31]. Espontáneamente uno piensa en otro muro caído —el de Berlín— cuyo significado psicológico era menor. ¿Debemos pensar acaso que su derrumbamiento carece de valor teológico?

Ciertamente, la Biblia no considera que la unión de la humanidad sea el resultado de una conquista militar y ni siquiera de un acuerdo político, sino una esperanza escatológica cuya realización compete a Dios en definitiva. Incluso parece como si Lucas contrapusiera la Pax Romana con la Pax de Belén [32]. Es sabido, en efecto, que Augusto había hecho colo-

---

[29] Agustín de Hipona, *Enarraciones sobre los salmos*, 147, 19, en: *Obras*, t. 22 (Madrid, BAC, 1967) 860).

[30] Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos*, XV, 11, 5 (Terrassa, Clie, 1968) t. 3, 123).

[31] Cf. C.K. Barret, *New Testament Background: Selected Documents* (New York 1961) paragr. 47.

[32] Cf. Joseph Ratzinger, *La unidad de las naciones. Aportaciones para una teología política* (Madrid, Fax, 1972) 11- 19.

car en Roma su *Ara Pacis Augusti* donde se tributaba culto a la nueva diosa Pax. Las dimensiones cósmicas que debía tener la Pax Romana llevaron a representar la diosa Pax con los rasgos de la madre tierra y a que la buena nueva del reinado de Augusto fuera "Paz en la tierra". Pues bien, para dar a entender que esa paz cósmica no había de venir de la mano de las armas romanas, Lucas afirma que la noche del nacimiento de Jesús resonó en los alrededores de Belén un pregón angélico que anunciaba "paz en la tierra a los hombres en quienes Dios se complace" (Lc 2, 14). El Apocalipsis (14, 8; 16, 19; 17, 5; 18, 2.10.21) irá más lejos aún al designar a Roma con el nombre cósmico de Babilonia tomado del relato de la torre de Babel (Gn 11, 9).

Sin embargo, no habían terminado todavía las persecuciones romanas contra la primitiva Iglesia cuando ya Orígenes se propuso corregir la visión negativa que los cristianos tenían de la Pax Romana. Aplicó a Augusto las palabras mesiánicas del salmo 72: "En sus días florecerá la justicia y dilatada paz". En la fundación del imperio por Augusto, Orígenes vio una manifestación de providencia divina que estaba preparando las condiciones idóneas para la propagación universal de la nueva fe: "Quería Dios preparar a los pueblos para su doctrina. Todos debían estar bajo un solo *basileus* romano, pues la incomunicación entre los pueblos divididos en multitud de reinos habría dificultado cumplir el mandato de Jesús" [33].

En el siglo siguiente Eusebio de Cesarea, contemporáneo ya del cambio operado con el emperador Constantino, lleva más adelante el desarrollo de la idea de Orígenes. He aquí sus palabras: "Simultáneamente a la llegada del Señor, Augusto se convirtió en señor de todas las naciones; entonces se disolvieron las soberanías diversas y la paz se hizo sobre toda la tierra" [34].

Esto nos hace pensar que el hecho de que los constructores de la nueva Europa piensen estar realizando una tarea absolutamente secular no tiene por qué quitar valor cristiano a su obra. Así como Jeremías llamó "siervo de Yahveh" a Nabucodonosor, rey de Babilonia (Jer 25, 91), e Isaías consideró "ungido de Jahveh" a Ciro, rey de Persia (Is 44, 28; 45, 1), porque ambos secundaron los planes de Dios, aunque no le honraban y ni siquiera le conocían, así también los políticos europeos pueden estar

[33] Orígenes, *Contra Celso*, II, 29 (Madrid, BAC, 1967) 135-136.

[34] Eusebio de Cesarea, *Demonstratio evangelica*, VII, 2.

cumpliendo sin saberlo una misión que Dios les ha encomendado. Como decía recientemente Juan Pablo II, Cristo "ha asumido el camino del hombre y lo guía incluso cuando éste no se da cuenta" [35].

Más difícil habría sido ver un signo del Reino de Dios en la unificación de Europa si ésta se hubiera conseguido mediante la fuerza, porque el reinado de Dios pone fin a toda soberanía basada en la violencia. Recordemos aquella pregunta de los discípulos de Jesús cuando en una aldea de Samaria ni siquiera se dignaron escucharles: "Señor, ¿quieres que pidamos que baje fuego del cielo y los consuma?". La respuesta del Maestro fue inequívoca: "Volviéndose les reprendió y les dijo: "No sabéis de qué espíritu sois" (Lc 9, 51-56).

Pero precisamente debemos hacer notar que la estrategia seguida es antitética de los tiempos rápidos y violentos de unión europea que en otro tiempo protagonizaron hombres como Napoleón o Hitler. Ni siquiera es fruto de la hegemonía de una cultura que por su prestigio se impone sobre las demás, como pudo ocurrir en tiempos pasados. Durante el siglo XIX, por ejemplo, Francia impuso en Europa su lengua, su arte, sus modas y sus costumbres (recordemos la fina ironía del P. Isla cuando habla de cierta marquesa que estaba aprendiendo a estornudar en francés)

4. *La cizaña crece en medio del trigo*

Lo dicho hasta aquí nos lleva a pensar que la unidad europea reúne condiciones para ser un signo del Reino de Dios, pero el análisis sociológico que realizamos antes puso de manifiesto dos peligros: en primer lugar que, conseguida la unidad política de la nueva Europa, persistan e incluso crezcan las grandes divisiones socio-económicas que hoy existen entre los países miembros y entre los individuos. Y en segundo lugar que la Europa unida se convierta en una fortaleza aislada del resto de la humanidad. Al fin y al cabo, la cohesión dentro de un grupo particular, unida al antagonismo hacia las extraños, no sería un sentimiento social, sino egoísmo ampliado.

Así, pues, parece como si también en la nueva Europa el trigo creciera mezclado con la cizaña. No debería extrañarnos. Hace ya más de mil quinientos años San Agustín, queriendo ofrecernos una visión sintética de la aventura humana a lo largo del tiempo, nos habló del crecimiento de

---

[35] Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, 62 c.

dos ciudades rivales: "Dos amores -dice- fundaron dos ciudades; el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial" [36]. Y además, en contra de lo que en el siglo XII se atrevería a afirmar Otto de Freising identificando ingenuamente la Ciudad de Dios con la Iglesia, San Agustín sostenía que las fronteras entre ambas ciudades no son perceptibles para los ojos: "Confusas andan mezcladas entre sí en este mundo estas dos ciudades, hasta que el juicio final las dirima" [37].

Es verdad que la Iglesia se entiende a sí misma como *sacramento de la unidad de todo el género humano* [38], pero incluso ese signo sacramental aparece ya parasitado por antisignos, entre los cuales debemos destacar evidentemente el escándalo de la división en múltiples confesiones. Y fuera de la Iglesia los antisignos son todavía mayores.

Podríamos ilustrar la presencia del Reino de Dios en nuestro mundo con la imagen de los círculos concéntricos del agua a la que se ha arrojado una piedra. Igual que allí, a partir de un punto central las ondas se van desplegando en todas las direcciones, y son cada vez más amplias, pero también más débiles.

Pues bien, a partir del epicentro que es el hombre Jesús de Nazaret —al que podríamos llamar el "signo de los tiempos originario"— surge un primer círculo que es la Iglesia. Aún siendo el principal signo de los tiempos que puede encontrarse en el mundo actual, resulta ya un signo mucho más velado que Cristo, porque en ella la fuerza de Dios ha entrado en la imperfección y en la pecabilidad humana. Más allá de la Iglesia aparece un segundo círculo donde los signos de los tiempos resultan todavía más débiles —más parasitados por antisignos—, pero alcanzan, en cambio, un espacio mucho más extenso: la creación entera.

5. *Sensibilidad de los destinatarios para captar el presunto signo*

Llegamos ya al tercer momento de nuestra reflexión en el que corresponde indagar si la sensibilidad de nuestros contemporáneos les permite descubrir en el proceso de unificación europea un signo salvífico.

---

[36] Agustín de Hipona, *La Ciudad de Dios*, XIV, 28, en: *Obras completas de San Agustín*, t. 17 (Madrid, BAC, 1965²) 115.

[37] *Ibídem*, I, 35 (ob. cit., p. 60).

[38] Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 1, 9 c; *Gaudium et Spes*, 42 c.

Debemos constatar que en las últimas décadas las naciones europeas —antaño tan chauvinistas— se han "convertido" al internacionalismo. La Alemania de hoy tiene poco que ver con la Alemania nazi y ni siquiera con la Alemania imperial o la República de Weimar; el Reino Unido, que podría parecer el país menos cambiado de todos, está modificando a pasos agigantados la psicología de su insularidad, probablemente al descubrir que es dependiente y ya no superior; etc.

Sin embargo, aquí nos interesa centrarnos especialmente en el caso de España. Hemos vivido durante tanto tiempo aislados internacionalmente que no es superflua en absoluto la pregunta de si existe o no hoy entre nosotros sensibilidad para descubrir en la nueva Europa un signo salvífico.

En la *Historia General de España*, publicada por el P. Mariana en 1592, encontramos el primer recelo ante Europa, especialmente frente a los pueblos europeos en que más se había extendido la Reforma protestante. Poco después, en 1609, escribía Quevedo: "¿Qué cosa nació en España buena a ojos de otras naciones, ni que crió Dios en ella que a ellas les pareciese obra de sus manos? (...) ¿Quién no nos llama bárbaros? ¿Quién no nos dice que somos locos ignorantes y soberbios, no teniendo nosotros vicio que no le debamos a su comunicación de ellos?" [39].

En el siglo XVIII, a pesar de los esfuerzos llevados a cabo por hombres como Feijóo o Jovellanos, llegó a ser opinión común que lo extranjero —y "extranjero" entonces equivalía a "europeo"— era peligroso, nocivo y hostil a España. Esa mentalidad fue fomentada más tarde durante la Restauración de Cánovas (1875) y, sobre todo, durante los primeros años del régimen de Franco. En un discurso pronunciado el 17 de julio de 1945, Franco dijo: "Soy de los que creen que España no necesita importar nada del extranjero" [40]. Y los proyectos de autarquía económica que por aquel tiempo acariciaba el régimen se justificaron con razones ideológicas. La ley de 24 de octubre de 1939 sobre industria hablaba en su exposición de motivos de "*redimir* a España de las importaciones de productos exóticos".

Sin embargo, después de muchos años de negociaciones, el 12 de junio de 1985 España firmó el Tratado de Adhesión a las Comunidades Euro-

---

[39] Francisco de Quevedo, *La España defendida*, en: *Obras completas. Obras en prosa*, t. 1 (Madrid, Aguilar, 1979[6]) 549- 550.

[40] Francisco Franco, *Textos de doctrina política. Palabras y escritos de 1945 a 1950*, Publicaciones Españolas (Madrid 1951) 15ss.

peas y entró en vigor el 1 de enero del año siguiente. Las actitudes mentales parecen haberse modificado con la misma rapidez. Según la última Encuesta Europea de Valores, los españoles "permanecemos por encima del europeísmo medio y por delante de países como el Reino Unido, Dinamarca, Alemania, Grecia, Irlanda y Holanda, cuyas poblaciones están más cerca que nosotros de la proposición de que la unión 'significaría el fin de sus identidades nacionales, históricas y culturales' "[41]. Como alguien escribió en "El País", "ya somos todos aquello contra lo que luchamos a los veinte años".

IV. CONCLUSIÓN

Así, pues, parece posible concluir que la construcción de la nueva Europa reúne condiciones para que los creyentes veamos en ella un signo del Reino de Dios, pero es un signo muy parasitado por antisignos y por ello necesita ser evangelizada. Este deberá ser objeto de un nuevo esfuerzo.

La nueva Europa necesita entenderse a sí misma como un paso hacia la unidad planetaria, y mientras llega ese momento debe recordar que "un papel de liderazgo entre las naciones se puede justificar solamente con la posibilidad y la voluntad de contribuir de manera más amplia y generosa al bien común de todos"[42].

La nueva Europa necesita también redescubrir los valores del Evangelio, porque el Continente que lo difundió por el mundo entero es ahora tierra de misión.

---

[41] Francisco Andrés Oriza, *Los nuevos valores de los europeos. España en la Encuesta Europea de Valores*, Fundación Santa María (Madrid 1991) 175.

[42] Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 23 c.